

Atlántico sur: ¿Falkland o Malvinas?

Poco más de un mes antes de la llegada a nuestro continente de la reina Isabel II de Inglaterra, la diplomacia británica había experimentado un revés fastidioso en esta región. En febrero de 1973, en efecto, la cancillería londinense planteó ante la OEA su aspiración a integrar el organismo interamericano en calidad de observador permanente (tal como lo han hecho antes muchos otros países del otro lado del Atlántico). La solicitud británica, sin embargo, fue firme y eficazmente bloqueada por los dos países latinoamericanos que tienen pendientes contenciosos de soberanía con Inglaterra: se trata de Guatemala (que reivindica el territorio de Belice) y de Argentina (que continúa luchando por la recuperación de las Malvinas). Al reiterarse exitosamente en varias oportunidades la oposición argentino-guatemalteca a la pretensión británica, el gobierno de Londres optó finalmente por abandonar la pelea, y a mediados de enero pasado el embajador británico en Washington formalizó por nota su desistimiento a formar parte de la OEA.

La cuestión de las Islas Malvinas viene enturbando las relaciones entre Buenos Aires y Londres desde hace 142 años. Fue en enero de 1833, en efecto, cuando por consejo de su embajador en Argentina, sir Woodbine Parish, las tropas británicas tomaron posesión por la fuerza de las islas Malvinas e hicieron flamear el **Unión Jack** en los mástiles de Port Stanley. Las razones invocadas fueron de orden estratégico: "En estos días de **desenvolvimiento de Sudamérica** —sostuvo el primer ministro británico lord Aberdeen— **las islas tienen gran valor para Inglaterra como base naval**". Desde entonces, pues, los cartógrafos de Londres individualizan flemáticamente como "**Falkland Islands**" a esos minúsculos puntitos que figuran en los mapas allá en el Atlántico sur; pero sus colegas argentinos persisten en rotular al archipiélago, con porfiado orgullo, como "**Islas Malvinas**". En términos diplomáticos, el pleito se define como "**cuestión pendiente**" entre ambos países.

De vez en cuando, la fría y pacífica guerra por la soberanía sobre las islas sube de temperatu-

tura, sobre todo cuando ciudadanos argentinos ardorosamente nacionalistas se impacientan ante la falta de resultados concretos por parte de la acción diplomática y optan por tomar el asunto en sus manos. Ha habido, pues, varios intentos de "invasión", en general más emotivos (y hasta pintorescos) que realistas. La última iniciativa en este sentido, muy reciente, tuvo carácter público donde el inicio: consistió en una convocatoria formulada en diciembre pasado por el director del diario argentino **Crónica**, dirigida a quienes quisiesen alistarse como voluntarios en una expedición militar (privada) que intentaría la recuperación de las Malvinas para la argentinidad. El planteo generó intensas y ardorosas polémicas, tanto en el seno del propio gobierno como en la opinión pública, y se saldó con la clausura de **Crónica** (que era el diario de lengua española de mayor tiraje en el mundo, nada menos), por "**intento de suplantación de los órganos naturales de representación del pueblo argentino**". Por esos mismos días, el delegado argentino en la ONU reiteraba una vez más la reivindicación de su país sobre el archipiélago malvinés ante el organismo mundial. En diciembre de 1965, en efecto, las Naciones Unidas instaron a Gran Bretaña y a Argentina a que negociaran bilateralmente la cuestión de las islas. Dos ruedas de conversaciones celebradas en 1971 y 1972 permitieron solucionar algunos problemas prácticos (en materia de comunicaciones, sobre todo), pero nada avanzaron en cuanto al fondo del asunto.

Hace pocos días, el 14 de febre-

ro, los argentinos consumaron un acto de simbólico desafío a los británicos. En esa fecha atracó en el muelle de Port Stanley un barco fletado por el gobierno de Buenos Aires para realizar un singular crucero turístico que incluía las Malvinas y la Antártida. Ahora bien, ese buque ingresó a puerto en la mayor isla del archipiélago sin enarbolar el pabellón rojo con que las embarcaciones extranjeras saludan tradicionalmente a sus anfitriones. El capitán del barco se abstenía así de reconocer la soberanía británica sobre las islas. Como respuesta, nueve de los doce principales comercios de Port Stanley, de propiedad inglesa, cerraron sus puertas, negándose a atender a los turistas argentinos. El conflicto, al parecer, no tuvo mayores consecuencias prácticas, pero revela la candencia del contencioso argentino-británico sobre las islas.

Cabe recordar que el archipiélago de las Malvinas-Falkland (táchese lo que no corresponda) está integrado por alrededor de 200 islas, algunas de las cuales son poco más que promontorios rocosos en medio del océano. Otras tienen mayores dimensiones. Las dos más importantes se llaman Soledad y Gran Malvina. La superficie total es de unos 12 mil kilómetros cuadrados, y la población total supera los 2 mil habitantes. La capital, Port Stanley, dista 813 kilómetros del puerto argentino de Río Gallegos, pero está separada de Londres por 12 mil 320 kilómetros de mar. En cuanto al valor estratégico de las islas, se considera que es hoy prácticamente nulo, pero en cambio se habla de que unos estudios geológicos, recientes habrían revelado indicios de yacimientos petrolíferos. En ese caso, puede suponerse que el pleito se complicará aun más.

